

RECLUTAMIENTO, ENCUADRAMIENTO Y EXPERIENCIA DE GUERRA DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS¹

MIGUEL ALONSO IBARRA

Universitat Autònoma de Barcelona

DAVID ALEGRE LORENZ

Universitat Autònoma de Barcelona

Polemos panton men pater esti, panton de basileus, kai tous men theous edeixē tous de anthropus, tous men doulous epoiese tous de eleutherous

La guerra es padre y rey de todo,
a unos los designa como dioses,
a otros como hombres, a unos los
hace esclavos, a otros libres

Heráclito

UNA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS DEL PASADO DESDE LOS ESTUDIOS DE LA GUERRA Y LA HISTORIA SOCIAL

La guerra es un fenómeno recurrente en la historia de los seres humanos. En este sentido, cualquier teatro bélico constituye un campo de estudio extremadamente útil, valioso y fértil para los humanistas y científicos sociales que buscan abordar aspectos esenciales de la naturaleza humana. A través de ellos podemos aprehender la adaptabilidad y capacidad de supervivencia de individuos y comunidades en situaciones extremas, pero también su grado de adscripción a unos determinados valores y una ética dadas, así como su poder para organizarse y destruir de forma racional y consciente. Por tanto, sean cuales sean las razones que las impulsan, las guerras ponen de manifiesto e intensifican dinámicas y procesos clave en la vida del ser

1 Se inscribe en el Proyecto de I+D del Ministerio de Economía y Competitividad *Culturas políticas, movilización y violencia en España* (HAR2014-53498-P), dirigido por Francisco Morente Valero.

humano, sobre todo porque se trata de un fenómeno que ha puesto y que pone en contacto un sinfín de realidades individuales y colectivas diferentes, unas veces transformándolas de forma irreversible y otras propiciando su desaparición. Así pues, los conflictos armados nos permiten observar, comparar y comprender mejor a lo largo del tiempo las motivaciones y el *modus operandi* de individuos y comunidades enteras, las diferentes formas de organización social, los variados códigos culturales que rigen las sociedades, las formas de solidaridad entre individuos y grupos humanos diferentes, los cambios sociales, las transformaciones de los imaginarios colectivos y las percepciones, etc. Al fin y al cabo, las guerras ponen a prueba la resistencia del tejido social y las cosmovisiones sobre las que se sustenta cualquier colectividad o sociedad, de ahí que necesariamente provoquen cambios y que éstos siempre sean traumáticos. Y esto es así porque los promotores de los enfrentamientos bélicos exigen de los grupos y sociedades implicadas sacrificios y capacidad de adaptación, tanto como sea necesario para dotarse de los recursos materiales y humanos que permitan una organización capaz de alcanzar sus objetivos, y siempre partiendo de unos parámetros culturales y unos equilibrios sociales preexistentes. El fin último: conseguir la victoria o, cuanto menos, garantizarse la supervivencia, tanto a nivel individual como colectivo.

En este sentido, creímos que sería muy provechoso abordar diferentes formas de reclutamiento y encuadramiento, así como también distintas experiencias de guerra, todo ello a través de siete casos de estudio centrados en épocas y conflictos diferentes, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Lo que proponemos con este dossier es un análisis de las diferentes fuentes humanas de las que se nutrirían las huestes y los ejércitos en cada momento. Dicho propósito comporta conocer los equilibrios sociales y los mecanismos legales, coercitivos e institucionales por medio de los cuales se accedería a los efectivos en cuestión y, finalmente, los incentivos y beneficios ofrecidos con el fin de atraer y conservar su lealtad y compromiso. En definitiva, nos interesa saber quiénes eran reclutados, de qué manera se llevaba a cabo su reclutamiento y, por último, bajo qué condiciones se hacía y qué garantías se ofrecían a aquéllos que eran levados. Llegados a este punto cabe señalar que las contribuciones de este dossier parten de la necesidad de comprender de forma compleja el contexto espacial y temporal en que tiene lugar la recluta de tropas, que a su vez determina la composición de éstas, los objetivos que les son designados y, en última esencia, su desempeño en conflicto. Las formas de reclutamiento, en combinación con el escenario en que tienen lugar, nos permiten entrar en contacto con la naturaleza del poder que las impulsa, las relaciones de éste con las comunidades humanas y los territorios en los que impera su gobierno, pero

también con los equilibrios, usos y costumbres vigentes en las comunidades locales, los sectores sociales y los territorios obligados (o invitados, si se trata de voluntarios) a proporcionar tropas para la guerra. Por tanto, a través de este objeto de estudio podemos comprender siquiera tangencialmente cómo responden las sociedades a las exigencias de la guerra o, dicho de otro modo, qué concepción tienen de ésta y qué lugar ocupa en sus vidas, cómo mantienen sus equilibrios y subsisten en situaciones de conflicto y, por último, qué posición tienen frente a los miembros de la comunidad que marchan a la batalla.

Por lo que respecta a la Edad Antigua proponemos dos casos de análisis. Por un lado, Matthew Trundle aborda las claves socio-culturales y políticas que motivarían y caracterizarían la intensa circulación de “mercenarios” griegos por todo el arco del Mediterráneo oriental a lo largo del siglo IV a. C., cuestionando la pertinencia de dicho concepto para referirse a ellos.² Por su parte, Eduardo Pitillas Salañer estudia el reclutamiento por parte del ejército romano de auxiliares originarios del cuadrante noroccidental de la península ibérica, concretamente a comienzos de la época imperial, una política que formaría parte de los mecanismos de pacificación e integración de las comunidades autóctonas dentro de las estructuras sociales del imperio. En lo referido a la Edad Media contamos con dos casos distintos. El primero de ellos, abordado por Alan V. Murray, se centra en la composición social y la organización de los contingentes de las primeras cruzadas –incluyendo también a los no combatientes–, sus motivaciones y los procesos de adaptación sufridos en su modo de hacer la guerra fruto de las vicisitudes del viaje y las necesidades impuestas por su establecimiento en Oriente Próximo. Por su parte, William Caferro repasa las cambiantes formas de reclutamiento y modos de hacer la guerra en el norte de Italia durante los siglos XIII y especialmente XIV, concluyendo que éstas sólo son comprensibles dentro de lógicas político-militares regionales y transferencias socio-culturales a nivel continental. Para época moderna contamos con un estudio de Antonio José Rodríguez Hernández. Éste analiza los múltiples mecanismos puestos en marcha por parte de la monarquía hispánica con el fin de responder a las crecientes exigencias en materia de efectivos derivadas del mantenimiento de su hegemonía, todo ello en un tiempo de profun-

2 Repensar el uso historiográfico que se hace el concepto de “mercenario” y qué tipo de combatientes son definidos por esa etiqueta, que generalmente suelen representar una variedad mucho más compleja y rica que el simple servicio al mejor postor, es algo que también se ha realizado para el caso medieval. Véase DEVRIES, K. (2015), “Mercenarios medievales. Metodología, definiciones y problemas”. *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 4:8, pp. 183-199.

da crisis demográfica y económica como es el siglo XVII, algo que tendría una gran incidencia en la experiencia de los reclutas. Finalmente, para la época contemporánea, Simon Sarlin aborda el caso de los voluntarios reclutados por el Papado en sus guerras contra el naciente estado italiano a mediados del siglo XIX. Éste se centra sobre todo en la importancia simbólica de dicho colectivo, en tanto que reflejo y estandarte de la creciente solidaridad, cooperación y organización dentro del espacio contrarrevolucionario a nivel transatlántico, sin renunciar a abordar los mecanismos de reclutamiento o la experiencia de guerra de estos voluntarios. El cierre de este dossier corre a cargo de Samuel Fury Daly, con un artículo que se enmarca en el Golfo de Guinea durante el periodo colonial y poscolonial. Concretamente, el autor analiza las continuidades entre las formas de reclutamiento y la experiencia de los trabajadores forzosos de la comunidad igbo, en la Nigeria suroriental, enviados a las plantaciones de Fernando Po (hoy Bioko) entre los años 30 y 60 del siglo XX, y su conscripción en el ejército biafrano durante la Guerra Civil nigeriana (1967-1970).

A menudo observamos que en un mismo periodo se combinan diferentes formas de reclutamiento, lo cual, como no podría ser de otro modo al hablar del pasado, da un plus de complejidad al muestreo que hemos realizado en este dossier. Al fin y al cabo, movilizar todos los recursos necesarios para conformar una fuerza de combate constituye un reto extraordinario. De la misma manera, es arriesgado hacer descansar todo el esfuerzo en una sola fuente de reclutamiento, salvo en los casos contemporáneos de movilización general, donde se convoca a filas a todos los varones capaces de empuñar las armas. En cualquier caso, es por eso que en casi cualquier periodo suelen combinarse tropas conscriptas del mismo origen que el poder o la institución encargados de la leva –aunque no siempre–; tropas auxiliares que por motivos étnicos, de procedencia, origen o fe religiosa disfrutaban de un status inferior al núcleo del ejército y/o mercenarios de origen extranjero que han dedicado su vida a la guerra de forma profesional; y, por último, voluntarios que marchan a la guerra puntualmente por diferentes razones, entre las cuales pueden estar el ansia de aventura, las cuestiones de honor, el deseo de escapar de una situación fiscal o familiar comprometida, la necesidad económica o las motivaciones ideológicas o religiosas. Evidentemente, la línea entre estas dos últimas categorías es estrecha, porque un individuo que empieza como voluntario por las razones que fuere puede acabar convertido en un mercenario ante la falta de expectativas o la incapacidad para reintegrarse a la vida civil, pero también al experimentar placer y satisfacción en la vida militar. Por último, cabría no olvidar el papel jugado por las élites políticas en el reclutamiento y la composición de los contingentes surgidos de la leva: de qué

modo contribuyen al proceso de recluta, qué encaje tienen en los ejércitos a la hora de marchar a la guerra, qué funciones cumplen y qué se espera de ellas social y culturalmente en el campo de batalla.

Somos conscientes de los riesgos que comporta plantear un dossier de tan amplio alcance, pero también estamos convencidos del enorme potencial que reside en estas propuestas más ambiciosas. Tenemos la certeza de que tanto nosotros, en tanto que coordinadores, como los autores y las potenciales lectoras y lectores se beneficiarán de este enfoque amplio en lo cronológico y lo espacial. Asumir retos de estas características supone romper la artificial compartimentación impuesta por la hiperespecialización, al tiempo que recuperamos espacios de diálogo y debate entre expertas y expertos dedicados al estudio de la guerra en diferentes épocas, desarrollamos nuevas herramientas de análisis y volvemos a visiones más omni-comprendidas y fundamentadas en lo que Braudel llamaba *longue durée*. Precisamente, esta perspectiva nos permite tantear múltiples cuestiones: las diferentes y cambiantes concepciones de lo militar y de la guerra, así como las distintas maneras de organizarla y de hacerla; las diversas naturalezas del poder sobre el territorio y las personas, que varían sobremedida desde las polis griegas hasta los actuales patriotismos constitucionales y soberanías nacionales; o, también, el sentido de pertenencia o del territorio, es decir, de lo que el individuo de a pie o el poder consideran como propio y como extraño. Todo ello es fundamental a la hora de abordar las diferentes formas de reclutamiento a lo largo de la historia y, por tanto, ocupa un lugar importante en los artículos de este dossier.

No obstante, las cuestiones que hemos venido mencionando también son cruciales para entender otros dos aspectos asociados al proceso de recluta, como son las formas de encuadrar y hacer operativas tropas de orígenes a menudo muy distintos, tanto en lo social como en lo cultural, pero también el modo en que los individuos experimentan la guerra bajo sus cascos y uniformes. Así pues, otro de los objetivos de este dossier es analizar cómo se intenta garantizar la cohesión de ejércitos heterogéneos y qué tipo de formación o adiestramiento recibirían en cada época, que al fin y al cabo son dos de los factores que garantizan la efectividad en combate y la identificación del individuo con la institución armada en cuestión, casi siempre a través de su unidad. Al mismo tiempo, se ha tratado de analizar directa o indirectamente la concepción que los propios combatientes pudieron tener de su experiencia militar allá donde esto ha sido posible, recuperando para ello la perspectiva individual. Nuestro empeño y el de los autores nos ha llevado a indagar en los diferentes perfiles socioculturales de los soldados, en sus diferentes estrategias de supervivencia, en sus relaciones con lo que se suele denominar grupo primario –sus compañeros de unidad–,

con el resto de combatientes y con los civiles, sus condiciones de vida, pero también sus motivaciones para resistir y seguir adelante.

En definitiva, este dossier es una invitación a mirar al pasado desde una óptica complejizadora, transterritorial y comparada, que es a nuestro juicio el mejor modo de seguir avanzando y planteándonos nuevas preguntas. En este sentido, esta iniciativa se mueve dentro de unos debates y responde a unas problemáticas o inquietudes que ya vienen siendo planteadas por la historiografía desde hace tiempo con resultados muy notables.³ Sin embargo, su principal valor reside en su capacidad para abrir nuevos caminos al aunar de forma útil y coherente los esfuerzos de expertos dedicados al estudio de épocas y conflictos muy diferentes, lo cual nos permite observar algunas rupturas y continuidades esenciales en el modo de hacer y sufrir la guerra. No es necesario decir que la exigencia ha sido trabajar desde el máximo rigor y de acuerdo con el análisis contextual, los marcos de referencia, las categorías y los conceptos propios de cada ámbito de estudio, de ahí que todos los autores de este dossier sean voces autorizadas y expertas en sus respectivos campos. Por eso mismo, el objetivo de este dossier es fomentar un diálogo real entre épocas partiendo desde un eje común como es el análisis detenido del reclutamiento, el encuadramiento y la experiencia de guerra de los combatientes en cada caso de estudio, a la par que se van desgranando las diferentes líneas de trabajo propuestas en esta presentación.

ESCENARIOS PROPICIOS PARA EL RECLUTAMIENTO: UNA VISIÓN DE LA GUERRA DESDE LO LOCAL A LO UNIVERSAL⁴

Una conclusión que extraemos de todas las aportaciones que componen este dossier es que las formas de reclutamiento siempre aparecen condicionadas por factores endógenos –las condiciones estructurales y coyunturales de la sociedad de origen de los combatientes y del sistema que se beneficia de su servicio militar–, pero también exógenos –las características, equilibrios y dinámicas propias del escenario regional e internacional más amplio en que se enmarca el caso de estudio concreto–. Todo ello hace que

3 En el ámbito de la época contemporánea contamos con trabajos colectivos de referencia como KRÜGER, C. G. y LEVSEN, S. (eds.) (2011), *War Volunteering in Modern Times: From the French Revolution to the Second World War*. Basingstoke, Macmillan; ARIELLI, N. y COLLINS, B. (eds.) (2013), *Transnational Soldiers: Foreign Military Enlistment in the Modern Era*. Basingstoke, Macmillan; y el monográfico de ARIELLI, N. y RODOGNO, D. (eds.) (2016), "Foreign War Volunteers in the Twentieth Century". *Journal of Modern European History*, nº 14.

la guerra haya sido y siga siendo el principal motor de cambio, a la par que la experiencia transterritorial por excelencia a lo largo de la historia, por su capacidad para poner en contacto realidades de lo más diverso, con permiso de la trashumancia o el comercio.

Sin ir más lejos, el fenómeno de los soldados profesionales procedentes de las polis griegas en el siglo IV a. C. sólo puede entenderse dentro del periodo de caos político y guerras intestinas que marcó el devenir de la cuenca mediterránea y Oriente Próximo en aquellas décadas, tal y como destaca Trundle. Pero al mismo tiempo, tal y como ocurre hoy en día en algunos lugares del África subsahariana, la destrucción causada por los propios conflictos de la época no sólo provocó un agravamiento de la pobreza e hizo de la guerra un problema endémico, sino que al final acabó haciendo de ésta un negocio muy lucrativo para unos pocos y un modo de vida rentable para otros muchos. A ello se une que dos generaciones de griegos que habían vivido la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) apenas habían conocido otro oficio que no fuera el de las armas. Así pues, se trata de la pescadilla que se muerde la cola, tal y como planteó de forma muy acertada Sauper en su escalofriante *Darwin's Nightmare* (2004), sobre los vínculos entre la explotación económica de los recursos naturales del Tercer Mundo, la globalización, la pobreza, el tráfico de armas y la guerra en todo el enorme espacio que giraría alrededor del Lago Victoria.⁵ Sin embargo, como también se encarga de recordarnos el propio Trundle, ese enorme remanente de profesionales de la guerra en la Grecia clásica

4 La idea del íntimo vínculo y las sinergias entre los escenarios locales y supralocales (o, dicho de otro modo, la forma en que los problemas universales se manifiestan en el ámbito de lo local) la tomamos de la obra colectiva coordinada por JANÉ, O. y SERRA, X. (eds.) (2013), *Ultralocalisme. D'allò local a l'universal*. Catarroja/Figueres/Perpinyà, Afers/Mirmanda. La obra de Óscar Jané, que va mucho más allá de los trabajos en los que consta como autor, ofrecen un planteamiento metodológico y conceptual renovador y de gran utilidad para pensar la historia en términos más complejos, de intercambio y dinamismo, pero también de continuidades.

5 El realizador consiguió dar con el testimonio de un veterano de guerra tanzano que había combatido en el conflicto entre Tanzania y Uganda en 1979, el cual aparece a falta de quince minutos para la conclusión del documental. Éste le confesó su deseo de un nuevo conflicto porque le permitiría mejorar su nivel de vida. Al preguntarle Hubert si muchos de sus conciudadanos tenían la esperanza de que estallara una guerra éste no duda en afirmar que "sí, que mucha gente espera una guerra". Reflexionando sobre el acto de matar señala que "si soy astuto te mato antes, si tú eres astuto me matas a mí", a lo cual Hubert contesta que "quizás tu no quieres matarme", entonces, el excombatiente tanzano con semblante serio se pregunta que "porqué no querría matarte mientras estamos luchando. Es la guerra, de lo que se trata es de matar."

no habría encontrado salida para ejercer el oficio de no haber existido un escenario internacional tan propicio para dar expresión a sus habilidades como el del siglo IV a. C.⁶

Algo similar ocurre en casos como el de los auxiliares del ejército romano procedentes de los confines occidentales del imperio, que aportaron más de la mitad de las tropas de este tipo en época altoimperial. Por un lado, estamos ante una maquinaria militar que cambia y se profesionaliza para adaptarse a las nuevas necesidades defensivas marcadas por las políticas de “pacificación” y control fronterizo de Roma. Es posible que las cruentas guerras de ocupación impulsadas por el ejército romano en el noroeste de Hispania desde finales del siglo I a. C. causaran tal número de muertes y tan alto nivel de devastación que la misma continuidad de las comunidades autóctonas se viera puesta en cuestión. De este modo, los más jóvenes no debieron de ver ningún futuro en continuar con la resistencia de sus predecesores. Por otro lado, el acceso de los pueblos itálicos a la ciudadanía y la reticencia cada vez mayor de los ciudadanos romanos a alistarse en las legiones abrió un marco de oportunidad inigualable para la recluta de auxiliares entre los pueblos sometidos a lo largo de las últimas décadas de la República, de acuerdo con lo apuntado por Pitillas. En este sentido, dentro de la lógica que aconseja que si no puedes con tu enemigo te unas a él, alistarse en el ejército romano debió de representar una garantía de futuro irrechazable para muchos jóvenes, por no hablar de la fascinación que los victoriosos ocupantes, su organización y sus costumbres pudieron ejercer sobre éstos.⁷ Por tanto, este proceso no sólo dio lugar a sinergias socio-culturales de lo más diversas, al enviar a las unidades de combatientes indígenas a destinos situados a centenares de kilómetros de sus lugares de origen, sino que además debió ser con toda seguridad una de las más

6 No en vano, la intensidad bélica del periodo en el que se sitúa el texto de Trundle ha llevado a algunos autores a plantear la aplicabilidad del concepto guerra total a ese escenario. En buena medida, eso explicaría el importante número de individuos con experiencia militar que vieron la guerra como su única salida, alistándose en contingentes de distintos reinos e imperios y combatiendo en múltiples conflictos. Véase POPOWICZ, E. (1995), “La guerra total en la Grecia Clásica (431-338)”. *POLIS. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, nº 7, pp. 219-245.

7 La fascinación ejercida por los ejércitos invasores en escenarios de ocupación es una constante de la guerra, tal y como se constata en casos como el del colaboracionismo militar durante la Segunda Guerra Mundial. Véase CAPDEVILA, L. (2010), “The Quest for Masculinity in a Defeated France, 1940-1945”. *Contemporary European History*, vol. 10:3, pp. 423-445.

efectivas políticas para la romanización y consolidación de los dominios imperiales.⁸ También en el caso griego, por muy diferente que sea, Oriente, como espacio asociado a la abundancia sobre el que se proyectaban las quimeras de muchos ciudadanos de las polis, ejerció un innegable poder de atracción sobre ellos, constreñidos por las estrecheces de sus pobres economías agrarias y, en muchos casos, ansiosos de nuevas oportunidades.⁹

Para el caso de las cruzadas, algo bien señalado por Murray, la llamada a la guerra para la liberación de Tierra Santa tuvo una clara dimensión social, algo que a su vez nos permite adentrarnos en los problemas esenciales de las sociedades de la Europa occidental en los siglos XI y XII. En un momento en que empezaba a imponerse el feudalismo como forma de organización social y económica, el éxito de la convocatoria impulsada por el Papado pasaba por conseguir apelar al mayor número posible de miembros de la élite militar europea. Muchos de ellos pululaban por su entorno al servicio de élites político-eclesiásticas, pero también muy a menudo perturbando gravemente la paz social y expoliando a la población campesina. En tanto que personal militar especializado, dada su capacidad económica para costearse el armamento propio de la caballería pesada y su habilidad para utilizarlo montados a caballo, el Papa Urbano II vio en la Cruzada una posibilidad para canalizar su poder destructivo y aliviar los problemas sociales y políticos que generaban con su presencia. A cambio se les garantizaba la salvación eterna, aunque poca duda cabe que la perspectiva de más poder y nuevas riquezas debió ejercer un influjo importante sobre los caballeros cruzados. Sin embargo, nada de esto habría sido posible sin el marco propiciatorio abierto por la derrota de las fuerzas bizantinas en Manzikert (1071) frente a los turcos selyúcidas y las luchas

8 En referencia al ejército romano y su presencia sobre las provincias como instrumento clave en las políticas de romanización véase COCCOLUTO, M. (2014), *Paris ad milites. L'approvvigionamento dell'esercito romano in Numidia da Augusto ai Severi*. Ancona, Affinità Eletive.

9 Un efecto parecido al que tuvo la irrupción de los castellanos en la América precolombina, un continente que rápidamente se convirtió en el espacio sobre el cual se abocaron las fantasías de dominación y enriquecimiento de muchos europeos. Esto contribuyó a movilizar las energías para impulsar la colonización y explotación del territorio y sus pobladores. Dicha idea fue desarrollada desde un punto de vista interesante por THEWELEIT, K. (1987), *Male Fantasies. Volume 1: Women, Floods, Bodies, History*. Minneapolis, University of Minnesota Press [1977], pp. 307-308.

intestinas por la púrpura imperial. Estos hechos acabaron por posibilitar la definitiva expansión del dominio turco sobre Anatolia, granero del imperio bizantino, y el comienzo de su declive como potencia militar. Tal era la situación que el emperador Alejo Comneno acudió a Urbano II en busca de auxilio para posibilitar el envío de tropas so pretexto de recuperar los lugares santos del cristianismo.

En lo que respecta a la Italia de los siglos XIII y XIV volvemos a observar la importancia clave del modo en que encajan y se relacionan los escenarios locales, regionales e internacionales a la hora de determinar los modos de hacer la guerra, así como también los métodos y fuentes de reclutamiento. Según afirma Caferro, queda claro que en el caso de Florencia éstos se encontraron muy condicionados a lo largo de todo el periodo por el entorno regional, las alianzas políticas y, no menos importante, la influencia de la Guerra de los Cien Años (1337-1453). Por un lado, las ligas regionales surgidas de las alianzas político-militares entre ciudades en un intento por dar respuesta a los retos crecientes de la guerra, convertida en un problema casi endémico en la región, permitieron estrechar lazos entre diferentes realidades. Todo esto conllevó profundas transformaciones en la comprensión de cuestiones centrales de la vida en comunidad, como la economía o el propio servicio de armas. No obstante, también tuvo un papel muy importante la gran movilidad transterritorial de personas y grupos humanos, en este caso de ingleses procedentes de las guerras entre los reinos de Francia e Inglaterra, quienes cruzaron los Alpes para ofertar sus servicios en Italia, llevando consigo nuevas ideas en materia táctica.¹⁰ Esto comportó desde cambios a nivel operativo, en lo referente al uso de la caballería, hasta la disponibilidad de nuevas posibilidades para el reclutamiento de personal militar profesional. Así pues, como vemos, las oportunidades para el reclutamiento y los cambios en la forma de hacer la guerra aparecen absolutamente determinados por el entorno a diversos niveles.¹¹

10 La función de esos contactos e intercambios, tanto a nivel individual como entre instancias más elevadas, como vector de modernización de las formas de hacer la guerra es una constante a lo largo de la historia. Un ejemplo en BARA, X. (2012), "The Kishū Army and the Setting of the Prussian Model in Feudal Japan, 1860-1871". *War in History*, vol. 19:2, pp. 153-171.

11 Sobre el papel de Italia como teatro bélico, punto de encuentro y espacio crucial en el intercambio de experiencias, conocimientos militares y transformaciones en el modo de hacer la guerra a lo largo de los siglos XV y XVI es muy recomendable SHERER, I. (2017), *Warriors for a Living: The Experience of the Spanish Infantry during the Italian Wars, 1494-1559*. Leiden, Brill.

En el caso estudiado por Rodríguez, los métodos de reclutamiento de la monarquía hispánica en la primera mitad del siglo XVII, aún queda más clara esa íntima relación de lo que acontece en la esfera internacional con el modo en que se experimenta la guerra a nivel local y regional. El tema es tanto más interesante si tenemos en cuenta que coincide con una época de reforzamiento y concentración del poder político y económico en detrimento de las clases populares, que hasta hacía no mucho habían podido acogerse a los mecanismos de protección legales consuetudinarios que imponían límites al poder real y señorial.¹² Es justo en este periodo cuando se consolida de forma paulatina la construcción del estado como eje vertebrador de la organización político-social, algo que tendría su manifestación en las formas de hacer la guerra y de reclutar a los hombres necesarios para ello. El hecho de que los conflictos armados pasaran a ser una realidad mucho más distante y ajena, dado que casi siempre tenían lugar a bastantes centenares de kilómetros de los núcleos de reclutamiento, hacía que resultara más difícil atraer a los hombres hacia el servicio militar, especialmente en décadas de crisis económica y demográfica. De este modo, las relaciones entre el estado y las comunidades locales, con sus autoridades a la cabeza, se hicieron mucho más conflictivas, con los segundos tratando de preservar sus derechos y de limitar los efectos de la guerra sobre sus vecinos y sus maltrechas economías. Por tanto, atender a las necesidades crecientes en materia de efectivos humanos se hizo más difícil con la aparición de ese primer sistema-mundo, en palabras de Wallerstein, surgido al calor del primer expansionismo colonial europeo y el tendido de nuevas redes comerciales por todo el globo desde finales del siglo XV y principios del XVI. Este nuevo escenario motivaría un agudizamiento y enquistamiento de las luchas por la primacía político-militar y el control de los nuevos recursos económicos y comerciales.

Por lo que respecta a los voluntarios de ambos lados del Atlántico que acudieron en auxilio del Papado en la década de 1860, su objetivo no era otro que combatir los intentos del nuevo reino de Italia por expandir sus posesiones sobre los cada vez más mermados territorios pontificios, considerados parte inalienable de la nación italiana. Su aparición en es-

12 Una cuestión señalada para los casos de Castilla y Cataluña por ALGARRA BASCÓN, D. (2015): *El comú català. La història dels que no surten a la història*. Vilanova del Camí, Potlach. Sobre la creciente irrupción del estado sobre los asuntos locales en época moderna y con la guerra como pretexto véase ESPINO LÓPEZ, A. (2017): *La Cerdaña en armas. Conflicto e identidad en la frontera catalana, 1637-1714*. Lleida, Milenio.

cena sólo tiene sentido al calor de ciertos factores exógenos, entre los cuales cabe destacar las crecientes dificultades de los estados católicos como Francia y Austria para intervenir a favor de la Santa Sede, en parte a causa de la presión pública. Dicha circunstancia obligó al Vaticano a explorar otras vías para obtener apoyos frente a las amenazas externas e internas, representadas en este caso por revolucionarios y nacionalistas italianos de los propios estados pontificios, algo que hacía más difícil confiar en la población autóctona de cara a llevar un ejército propio. En esta situación, parecía razonable y deseable apelar a la cristiandad católica con el fin de recabar apoyos, sustentándose para ello en las redes de solidaridad y cooperación forjadas desde finales del siglo XVIII por la contrarrevolución en su lucha contra el liberalismo a ambos lados del Atlántico.¹³ La aparición en escena de estos voluntarios, unos 7.000 en total, fue presentada por la Iglesia católica como una muestra de sus apoyos por todo el orbe, a la par que eran elevados a la condición de nuevos caballeros cruzados, ejemplo de pureza y entrega que entroncaría con toda una tradición de lucha por la verdadera fe. Además, este fenómeno coincidió con un proceso mucho más profundo y relevante impulsado por el Vaticano, como fue la centralización y homogeneización del culto y sus figuras más significativas, sustituyendo los santos locales por los romanos e impulsando la figura del Papa, la figura de la Virgen o el Sagrado Corazón de Jesús.

Dejando a un lado el mundo mediterráneo, que ocupa un lugar preponderante en este trabajo colectivo, la secesión de la República de Biafra en Nigeria oriental, la sangrienta guerra civil subsiguiente y los métodos empleados para alistar a los varones de la comunidad igbo en las filas del ejército biafrano cobran forma y tienen sentido dentro de un escenario mucho más amplio. Tal y como nos muestra Daly, los sistemas de dominación imperial y explotación económica impuestos por las potencias europeas sobre sus colonias africanas fueron afines y conniventes entre sí en la protección e impulso de sus intereses compartidos. Pero no sólo eso, sino que además dieron lugar a ciertas culturas políticas y formas de proceder que tuvieron continuidad en el marco de la descolonización y en la forja de los

13 Unas redes que continuaron existiendo en las sucesivas décadas, dando lugar a diversos fenómenos de voluntariado asociados a conflictos en los que la contrarrevolución, o una de sus mutaciones aparecidas en el siglo XX como fue el fascismo, combatía al "fantasma revolucionario". Dos ejemplos en KEENE, J. (2001): *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War*, Nueva York, Hambledon Continuum; y BOHLER, J. y GERWARTH, R. (eds.) (2017): *The Waffen-SS. A European History*. Oxford. Oxford University Press.

nuevos estados africanos, así como también en sus prácticas políticas. Eso ayudaría a explicar la marginación de la comunidad igbo, originaria de Nigeria suroriental, a manos primero de las autoridades coloniales británicas y, más adelante, de los diferentes gobiernos nigerianos. Una situación de por sí penosa agravada durante treinta años por su empleo como mano de obra reclutada a menudo de forma ilegal por agentes autóctonos y sometida a condiciones de semiesclavitud en las plantaciones españolas –más tarde guineanas– de Fernando Po. Ambas experiencias quedaron grabadas en la memoria del pueblo igbo. En este sentido, no es casual que muchos experimentaran una suerte de amargo *déjà vu* al encontrarse con las formas de reclutamiento practicadas por la República de Biafra en el marco de la guerra civil nigeriana (1967-1970), un paralelismo que se agudizó al calor de su experiencia bélica en el seno del ejército biafrano.

HACER LA GUERRA Y RECLUTAR: ENTRE LA NECESIDAD MILITAR Y LOS EQUILIBRIOS COMUNITARIOS

En la actualidad existen debates en torno a las posibles causas del extendido uso de mercenarios griegos por parte de múltiples estados y agentes del Mediterráneo centro-oriental y el Creciente Fértil. Lo más probable es que haya que buscar la respuesta en los cambiantes modos de hacer la guerra, aunque tampoco se pueda descartar la lógica de la mimesis. Esto quiere decir que el uso de mercenarios por parte de un ejército acabaría motivando su empleo por parte de sus oponentes, simple y llanamente para no quedar en desventaja, tal y como ocurre también en la Italia septentrional del siglo XIV. Incluso hay quien sostiene que en el caso persa el reclutamiento de soldados a sueldo pudo venir determinado por la simple lógica de reunir al mayor número de hombres posible. Al fin y al cabo, se hace difícil pensar que el alto número de griegos presentes en ciertos ejércitos del Próximo Oriente durante la Antigüedad respondiera exclusivamente a su profesionalidad. En definitiva, lo que está fuera de toda duda es que este tipo de fenómenos respondieron a múltiples factores y motivaciones. Por un lado, el recurso de determinados poderes al reclutamiento de mercenarios pudo responder a los problemas para confiar en sus propios súbditos, dada la opresión a la que estaban sometidos. Tal pudo ser el caso de los tiranos griegos, los persas y sus sátrapas, que enfrentaron conflictos internos donde la contratación de soldados a sueldo era la forma más rentable, segura y eficaz de llevar a buen puerto sus luchas por el poder –o por la conservación de éste.

Sin embargo, no hay que olvidar otros posibles factores en el caso de las polis, donde el sentido cívico y la vocación de servicio que había caracte-

rizado a una parte sustancial de sus ciudadanos décadas atrás bien pudo haber dado paso al agotamiento y la deslegitimación de la guerra, sobre todo al convertirse en el instrumento de ciertos intereses económicos. Dicha situación derivaría de inmediato en una profesionalización del ejército por medio de la contratación de mercenarios y el pago del servicio militar, una medida posibilitada por el creciente acuñamiento y circulación de moneda en la cuenca del Egeo.¹⁴ Paradójicamente, este escenario vino propiciado por el crecimiento de la flota ateniense al calor de las guerras y políticas expansionistas del siglo V a. C. Al tener que reclutar a los remeros de los trirremes entre los estratos más bajos de la sociedad no quedó más remedio que pagarles por sus servicios, dado que no disponían de medios o fuentes de riqueza con los que mantener a sus familias durante su ausencia, algo que no ocurría con los hoplitas. No obstante, el enorme reto logístico y humano derivado de la expansión de la flota ateniense también implicaba la contratación del personal técnico especializado capaz de mantener esa flota en funcionamiento, tal y como explica Trundle. En este sentido, las exigencias de la guerra naval generaron un cambio en el modo de hacer y concebir la guerra, incluyendo las fuentes de reclutamiento, algo que también pudo estar relacionado con el deseo de evitar el empoderamiento y la reivindicación de derechos por parte de la ciudadanía en base a su participación en los conflictos.¹⁵ Al fin y al cabo, no es casual que la época de mayor fortaleza de la democracia ateniense coincidiera con el periodo subsiguiente a los éxitos militares frente a los persas en las batallas navales

14 Salvando las distancias, podría establecerse un cierto paralelismo con la aparición de las modernas fuerzas armadas en las sociedades occidentales, donde el estado ha intentado hacer de la carrera militar un servicio público remunerado donde los soldados son funcionarios. Este proceso vino motivado en última instancia por el rechazo cada vez mayor de las guerras por parte de la opinión pública y la movilización de amplios sectores de la sociedad contra el servicio militar obligatorio.

15 No por nada, la relación entre participación bélica y empoderamiento político, por parte de todas las clases sociales pero de forma mucho más masiva a partir de la irrupción de los ejércitos formado mediante la *levée en masse*, siempre ha sido un elemento de transformación social. Véase, por ejemplo, HIPPLER, Th. (2006), "Conscription in the French Restoration: The 1818 Debate on Military Service". *War in History*, vol. 13:3, pp. 281-298. O, del mismo modo, la utilización de la participación en la guerra como forma de obtener aspiraciones políticas dentro de un contexto y una lógica de dominación colonial, recibiendo respuestas diversas por parte de los ejércitos de las metrópolis que se encontraban combatiendo, en este caso, en la Gran Guerra. Véase VARNAVA, A. (2015), "The Politics and Imperialism of Colonial and Foreign Volunteer Legions during the Great War: Comparing Proposals for Cypriot, Armenian and Jewish Legions". *War in History*, vol. 22:3, pp. 344-363.

de Salamina (480 a. C.) y Mícala (479 a. C.), que se caracterizó por la hegemonía de la talasocracia ateniense sobre el mundo griego hasta el último tercio del siglo V a. C.

El reclutamiento de auxiliares procedentes de comunidades poco romanizadas por parte del ejército romano también nos permite apuntar algunas reflexiones interesantes. Por lo que se refiere a Hispania, los orígenes de esta política datan de la Segunda Guerra Púnica (218 a. C.-201 a. C.). Como suele ocurrir con cualquier ejército empleado en guerras ofensivas y de ocupación, por tanto lejos del territorio, la comunidad y el poder al que representa, la colaboración del elemento autóctono se reveló vital para el esfuerzo militar romano en la Península Ibérica, tanto por su conocimiento del terreno y las formas de combatir de sus coterráneos como por la potencial disponibilidad de nuevos efectivos. Los ejemplos de colaboracionismo, si se nos permite utilizar dicha etiqueta fuera del contexto de la Segunda Guerra Mundial, serían innumerables, tantos como conflictos.

En cualquier caso, parte del atractivo de servir en el ejército romano pudo venir dado por su particular forma de organizarse y operar en pequeñas unidades. De este modo no sólo quedaba garantizado un alto grado de maniobrabilidad en combate, sino que además se consiguió un principio básico en la historia de la guerra: la cohesión interna de la tropa, en este caso basada en la integración de combatientes de un mismo origen étnico dentro de las cohortes, algo que vino reforzado por la convivencia constante dentro de pequeños grupos primarios.¹⁶ He aquí la clave del éxito militar romano, tanto en lo que se refiere al eficaz encuadramiento de efectivos muy diversos como al balance de victorias. De hecho, la política de destinos impuesta por el imperio respondió a una clara estrategia de pacificación de los territorios más conflictivos bajo su poder. Y es que las cohortes de auxiliares no sólo eran desplegadas lejos de sus lugares de origen, con lo cual un importante número de varones en edad militar eran desactivados en previsión de posibles revueltas, sino que además eran trasladados muy a menudo, según las necesidades, pero quizás también con objeto de evitar cualquier confraternización con los enemigos del imperio fruto de estancias prolongadas en un mismo escenario. Tampoco parece casual que entre sus principales misiones se encontrara sofocar revueltas y

¹⁶ Lo mismo puede decirse de los mercenarios griegos del siglo IV a.C., tal y como veremos. En este caso la voluntad de combate de los hombres se sostenía en la pertenencia a formaciones en los vínculos familiares o en los orígenes, caso de los arcadios.

acabar con el bandidaje, consecuencias ambas de la asfixiante fiscalidad imperial y las destrucciones provocadas por las guerras de ocupación.¹⁷

Por su parte, las primeras cruzadas constituyen un laboratorio privilegiado para observar la evolución y los cambios en la forma de hacer la guerra, sobre todo por el esfuerzo adaptativo que las vicisitudes del arriesgado viaje por tierra impusieron sobre los cruzados, así como el contacto con un enemigo cuyos métodos de combate les eran desconocidos. Esto tiene una importancia crucial por el modo decisivo en que afectó a las políticas de reclutamiento, encuadramiento y organización de los ejércitos cruzados en Tierra Santa. Por lo que respecta al núcleo central de las fuerzas cruzadas, la caballería pesada, las exigencias y necesidades del extenuante trayecto obligaron a muchos a vender sus armas o a matar sus caballos para poder subsistir. Esto desembocó en el surgimiento de un abigarrado contingente donde no pocas veces hombres poderosos quedaron reducidos a la condición de tropas de infantería equipadas con armamento ligero capturado al enemigo. Pero no sólo eso. Al ser convocadas por el Papado como peregrinaje, las primeras cruzadas tuvieron un fuerte componente popular, arrastrando consigo a muchos civiles que se sumaron al importante número de sirvientes que los señores feudales llevaban consigo. Éstos, que por lo general no contaban con formación militar, a menudo supusieron un problema logístico muy grave –la primera cruzada debió de reunir un total de entre 50 y 60.000 personas–. Sin embargo, también acabaron ofreciendo soluciones en un contexto de gran necesidad como el que se vivió a lo largo del trayecto y a la llegada a Tierra Santa. Muchos de ellos se vieron obligados a combatir como infantería y tropas auxiliares, una situación que hubieron de acatar por las estrecheces del momento y porque los príncipes y señores, al mando de las expediciones, eran los únicos que podían garantizar el sustento. De esta forma apareció una nueva fuerza de combate donde los civiles sin experiencia previa acabaron revelándose como un elemento vital para sostener el esfuerzo de guerra cruzado, dada la importancia de la infantería para proteger la lenta y penosa preparación de las cargas de la caballería pesada, tan temidas por las fuerzas musulmanas.¹⁸

17 Una interesante visión sobre el fenómeno del bandidaje en época republicana e imperial en BLUMELL, L. H. (2012), "Beware of Bandits! Banditry and Land Travel in the Roman Empire". *Journeys*, vol. 8:1-2, pp. 1-20, que analiza los efectos de la presencia endémica de bandidos a lo largo y ancho del imperio y las políticas destinadas a acabar con ellos.

18 Un estudio que aborda en detalle la organización de las expediciones cruzadas y sus múltiples problemas en TYERMAN, Ch. (2016), *Cómo organizar una cruzada. El trasfondo racional de las guerras de Dios*. Barcelona, Crítica.

No por nada, el problema que afectó de forma endémica a los estados cruzados en el Mediterráneo oriental fue la falta de efectivos para dotar ese núcleo central de sus ejércitos conformado por la caballería pesada. Esto impuso graves limitaciones a las fuerzas cristianas a la hora de operar, sobre todo por el miedo a que cada choque militar contra el enemigo pudiera ser decisivo y acabara con la destrucción de su precario control sobre Tierra Santa. Aún con todo, se idearon diferentes sistemas de organización y mantenimiento de los caballeros por parte de los príncipes, especialmente por medio del desembolso anual de una cantidad fija de dinero procedente del tributo pagado por las ciudades musulmanes sometidas al control de estos príncipes. Dada la gran circulación de moneda, mucho mayor que en Europa occidental, este sistema ofrecía muchas más garantías que la concesión de tierras con sus habitantes. Igualmente, muchos europeos de origen social dudoso encontraron oportunidades para prosperar. Por su parte, los cristianos autóctonos y otras comunidades opuestas al dominio selyúcida contribuyeron al esfuerzo de guerra de los cruzados sumándose a sus huestes como infantes o auxiliares, hasta el punto que algunos de ellos, miembros de las élites locales y regionales, se convirtieron en hombres de confianza de los nuevos soberanos y señores venidos de Europa occidental. Finalmente, las órdenes religiosas fundadas al calor del peregrinaje a Tierra Santa acabaron abriendo la puerta a la obtención de financiación, dado el gran número de propiedades que explotaban en Europa occidental, aportando también efectivos al esfuerzo de guerra. No obstante, el medio más eficaz para sumar nuevos hombres a los mermados contingentes cruzados era la convocatoria de nuevas cruzadas, que una y otra vez se encontraron con problemas similares a los de la primera. En este sentido, las dificultades de la travesía por tierra, a veces insalvables por el alto número de civiles, así como también los problemas para financiar las expediciones y atraer a un número suficiente de caballeros una vez se hicieron posibles los viajes por mar, condujeron a la destrucción de las fuerzas cristianas en Oriente Próximo.

En el ámbito militar suelen ser las derrotas militares las que propician los cambios más importantes en el modo de preparar y hacer la guerra. Eso es lo que ocurrió en la Florencia de los siglos XIII y XIV, especialmente fruto de su derrota contra Siena en la batalla de Montaperti (1260), donde las fuerzas enemigas contaban con un nutrido contingente de soldados a caballo de origen alemán. A partir de ese momento se empezó a pasar de un modelo de ejército compuesto de forma casi exclusiva por ciudadanos, con un número muy bajo de mercenarios a caballo de origen italiano, a otro donde los jinetes a sueldo de origen transalpino tendrían un papel cada vez más importante, muy influenciados por el modelo del archienemigo sie-

nés. Sin embargo, Caferro señala un par de cuestiones que deberían llevar a reconsiderar el modo de hacer la guerra y las políticas de reclutamiento en la Italia septentrional de la época. Por un lado, como es natural la leva de los ejércitos se llevaba a cabo de acuerdo con la planificación del tipo de conflicto que se iba a librar y el terreno en que tendría lugar, haciendo particular hincapié en los especialistas necesarios para ello. En este sentido, el elemento autóctono seguía teniendo una importancia fundamental en la composición de los ejércitos florentinos por ser el que mejor conocimiento tenía del enemigo y de las particularidades del entorno. Por otro lado, la infantería siguió siendo la base de las fuerzas comunales, sobre todo porque el tipo de guerra más usual era de desgaste, lenta y recurrente, basada en los sitios o asedios y rehusando el combate en campo abierto. Esta realidad ha recibido poca atención por parte de los historiadores, lo cual ha redundado en favor de la caballería, y tiene mucho que ver con el mayor relieve que se les otorga a éstos en los textos de los cronistas, pero también con el mayor brillo y atracción que ejercen sus acciones sobre los contemporáneos.¹⁹

Así pues, lo que nos revela el modelo florentino es que los cambios en el modo de hacer la guerra suelen ser paulatinos, porque nada surge *ex nihilo*, es decir, las transformaciones de un modelo militar requieren del personal y los conocimientos adecuados para llevarlos a cabo de manera eficaz, y eso requiere tiempo. Es por eso que a pesar de los cambios de gobierno las autoridades comunales florentinas no sólo no renunciaron a la base sobre la que se sustentaban sus ejércitos, una infantería acostumbrada a operar en el terreno y al tipo de conflicto más usual a la región, sino que además combinaron diferentes unidades y formas de reclutamiento por lo que respecta a los mercenarios a caballo. Bien es cierto que fruto de la influencia de los jinetes ingleses procedentes de la Guerra de los Cien Años hubo un cambio en la organización y despliegue de la caballería, que pasó de reunirse en estandartes a hacerlo en lanzas. Sin embargo, ambas convivieron hasta que los jinetes italianos se adaptaron a ese nuevo tipo

19 Nada nuevo si atendemos al impacto mediático de los aviadores y los tanquistas de la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que el alemán era un ejército esencialmente hipomóvil donde el peso de la guerra descansaba sobre los hombros de la infantería. Esto es señalado por el excelente trabajo de RUTHERFORD, J. (2014), *Combat and Genocide on the Eastern Front: German Infantry's War, 1941-1944*. Cambridge, Cambridge University Press. Quizás, hacer hincapié en las armas más modernas contribuía y contribuye a proyectar una visión más amable y aceptable de la guerra, por su dinamismo y porque se supone que su acción ahorra esfuerzos y muertes.

de unidad que giraría en torno a un caballero con armamento pesado apoyado por un escudero y un asistente-aprendiz. A ello había que sumar el reclutamiento de auxiliares que conservaban sus formas de combatir y organizarse, como los arqueros húngaros a caballo. Por tanto, es cierto que el prolongado conflicto entre los reinos de Francia e Inglaterra proporcionó nuevas oportunidades de reclutamiento y dio lugar a ciertos cambios, sobre todo con la irrupción de grandes bandas o compañías de mercenarios a caballo dispuestos a prestar sus servicios en la península itálica.²⁰ No obstante, también es verdad que se mantuvo el modelo y la continuidad de un núcleo duro de hombres al servicio de Florencia, lo cual es una muestra de su adaptación al tipo de conflicto que se libraba en la región.

Está claro que las políticas de reclutamiento varían cuando las necesidades militares aumentan o la fuente de la que se ha nutrido un ejército dado se agota. Eso es exactamente lo que le ocurrió a la monarquía hispánica en la Castilla del siglo XVII, su principal caladero de voluntarios para los tercios a lo largo de toda la anterior centuria. Fruto de las levadas constantes y la crisis demográfica propiciada por las epidemias, las hambrunas y la crisis económica, el sistema de reclutamiento se mostró incapaz de responder a la necesidad siempre creciente de efectivos con los que nutrir sus ejércitos. Por si fuera poco, la naturaleza voluntaria del servicio militar, dentro de un proceso hasta entonces centralizado y sometido a un control directo de la administración, hacía imposible cualquier tipo de planificación del esfuerzo bélico. En este sentido, lo que se ideó fue un sistema de conscripción encubierto capaz de atender a los múltiples frentes abiertos de la monarquía fuera de la Península Ibérica. El objetivo era conseguir poner al máximo de su capacidad el sistema de presidios o guarniciones defensivas situadas en los puntos más sensibles de los territorios peninsulares, Canarias y las

20 De forma constante, los conflictos armados representan un escenario de transformación en el que se alumbran nuevas formas de hacer y afrontar la guerra, producto de la naturaleza y tipología de los combates y movilizaciones que se llevan a cabo. Así, las guerras constituyen un vector de aceleración del tiempo histórico en lo que a la evolución del universo bélico se refiere. Un ejemplo de esto lo podemos ver en el caso de las Guerras Napoleónicas, donde la aparición de ejércitos de masas más móviles y destructivos condujo a una mayor incidencia, más brutal, de la guerra sobre la población civil. Véase HEWITSON, M. (2013), "Princes' Wars, Wars of the People, or Total War? Mass Armies and the Question of a Military Revolution in Germany, 1792-1815". *War in History*, vol. 20:4, pp. 452-490. Respecto a la teoría de la Revolución Militar véase, desde una perspectiva global, JACOB, F. y VISONI-ALONZO, G. (2014), "The Theory of a Military Revolution: Global, Numerous, Endless?". *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 3:6, pp. 189-204.

posiciones norteafricanas al otro lado del Estrecho de Gibraltar, habiendo de sumar en total 18.000 hombres. Para ello se impulsó un sistema de cuotas repartidas de forma equilibrada por provincias, que a su vez debían ser repartidas de manera proporcional entre pueblos, ciudades y estados señoriales. La anuencia de todas las autoridades competentes se consiguió bajo diferentes pretextos: los reclutas serían desplegados en territorios del reino garantizando su defensa, dicha política evitaría nuevas levadas y el rey se haría cargo del mantenimiento de las tropas. Sin embargo, muy pronto se pusieron de manifiesto todo un conjunto de dificultades y contratiempos que no sólo comprometieron el nuevo sistema de reclutamiento, sino que sometieron las costuras del tejido social del reino a una prueba durísima, revelando además los graves problemas estructurales que aquejaban a la monarquía.²¹

Así pues, a pesar de que en primera instancia se cumplieron los objetivos numéricos, hubo un altísimo número de suicidios y deserciones derivado de la incapacidad de las estructuras del estado para llevar a cabo una concentración tan rápida y masiva de efectivos en condiciones dignas y garantizando su subsistencia. En las propias guarniciones destinadas a albergar a los soldados se carecía de la infraestructura necesaria para dar cabida a los hombres recién llegados, un problema agravado por la infradotación de medios económicos que sufrían, lo cual sometía a sus moradores a unas condiciones de vida infrahumanas. Además, el estado físico y la salud de muchos de los hombres reclutados, por lo general conscriptos procedentes de las clases populares, a menudo hacía que no fueran aptos para el servicio militar, lo cual aumentaba los costes derivados de su devolución a sus lugares de origen. De hecho, el mantenimiento de la tropa acabó quedando a cargo de una empobrecida población civil, gravada con impuestos sobre el consumo, y de las ya de por sí mermadas arcas municipales. A todo ello había que sumar la corrupción endémica de las autoridades responsables de las distintas etapas del proceso de

21 La consideración del Estado como un ente más allá de los institucional es lo que permite entender los desgarros que procesos como el de la recluta masiva producían en las sociedades sobre las que se implementaban. De esta forma, la movilización bélica no estaba exenta de sus propios riesgos en la medida en que, como veíamos, podía poner de manifiesto la existencia de severos problemas de índole social, generando inestabilidad añadida a la de propia guerra. Sea como fuere, lo que está claro es que procesos tan invasivos social y comunitariamente como la conscripción acaban por transformar al propio estado y la sociedad que lo implementaba y sufría respectivamente. Véase un ejemplo para la Gran Guerra en PURSEIGLE, Pierre (2014), "La Primera Guerra Mundial y las transformaciones del Estado". *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 3:5, pp. 165-186.

reclutamiento, sometiendo a chantaje a no pocos varones en edad militar y ofreciéndoles la libertad a cambio de un pago. Finalmente, la lógica en la que se había basado el repartimiento de cupos dentro de las provincias respondía a múltiples privilegios, intereses cruzados y equilibrios de poder en el seno de la monarquía. Tal era la situación que al imponerse el llamado sistema del 1%, según el cual se había de levar a uno de cien vecinos de cada población, los corregidores aprovecharon para deshacerse de aquellos individuos considerados socialmente indeseables, de manera que el reclutamiento afectara lo menos posible al tejido social y económico comunitario. No obstante, en la práctica siguieron conviviendo múltiples sistemas y agentes de reclutamiento que se solapaban entre sí y pululaban por todo el reino, provocando a su paso un tremendo caos, malestar social y protestas, impulsando fenómenos como el bandolerismo.

Si ya en el siglo XVII la guerra parecía entrar de forma paulatina en escenarios ignotos con la aparición de las primeras reclutas obligatorias, la irrupción de la modernidad conllevaría el surgimiento de nuevas concepciones de la guerra y el combatiente, así como de su legitimidad. Se trata de cuestiones fundamentales que ya habían hecho aparición en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos (1775-1783), donde la utilización de miles de mercenarios alemanes por parte del ejército británico fue condenada como algo execrable por los revolucionarios norteamericanos en su misma Declaración de Independencia (1776). Al fin y al cabo, dicha política de reclutamiento estaba en contra de una nueva idea de libertad construida sobre la existencia de derechos y obligaciones, según la cual la defensa de la familia y la propiedad privada correspondía a los propios ciudadanos en armas. Dentro de lo que no dejaba de ser una lucha por la legitimidad, su desprecio frente al modo de hacer la guerra del imperio radicaba en el hecho de que aquellos soldados a sueldo no eran una parte original de los bandos en conflicto, de ahí que no tuviera sentido su presencia más allá de la naturaleza despótica del poder británico.²² Esta fue una

22 KREBS, D. (2013), "Desperate for Soldiers: The Recruitment of German Prisoners of War during the American War of Independence, 1776-83". En ARIELLI, N. y COLLINS, B. (eds.), *Transnational Soldiers: Foreign Military Enlistment in the Modern Era*. Basingstoke, Macmillan, pp. 15-31, esp. 15-17. Los combatientes procedentes de diferentes principados alemanes eran criticados por «carecer de principios, así como también de honor, religión, espíritu público, consideración por la libertad o amor por la patria» (p. 17). Un caso similar se observa en el uso de voluntarios holandeses para restaurar la autoridad colonial en Indonesia tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Estos eran vistos como invasores y no como libertadores por parte

de las cuestiones que a ojos de la opinión pública italiana acabaría justificando la guerra contra el Papado: el empleo de voluntarios extranjeros, los llamados *zuaves*, que serían reducidos a la condición de mercenarios. Sólo la soberanía popular –cuando así lo expresara y decidiera por los cauces políticos correspondientes– y la nación en armas estaban legitimadas para hacer la guerra en defensa de su propia integridad, hasta el punto que la suya era la única forma de pertenencia auténtica, y su sacrificio el más puro y noble. Por el contrario, a ojos del Papado y la Iglesia la lucha de los *zuaves* era una clara muestra de su poder de convocatoria, así como también de la pureza de la fe católica y los ideales inherentes a ella. En última instancia, las luchas por capitalizar o deslegitimar la experiencia de los voluntarios al servicio de la Santa Sede formaban parte de un conflicto político-cultural de largo alcance, uno donde dos cosmovisiones contrapuestas de la realidad pugnan por establecer los principios ordenadores de la política y la vida en comunidad.

Aunque el papel de los *zuaves* fue bastante irrelevante en el ámbito militar, no es menos cierto que su proceso de reclutamiento revela algunas cuestiones de gran interés. En primer lugar, nos pone ante el papel clave de las redes de sociabilidad e institucionales de la Iglesia, que mostraron su vitalidad, así como la importancia de los lazos solidarios forjados en el ámbito de la contrarrevolución. Pero no sólo eso, dicho proceso también nos permite observar hasta qué punto los vínculos familiares y comunitarios se revelan como un elemento esencial en cualquier fenómeno de voluntariado, donde se actúa no sólo por afinidad y amistad, sino también por imitación y en disputa por el prestigio frente a los propios convecinos. Esto explica que un pequeño pueblo de 2.000 habitantes del Brabante Septentrional, en los Países Bajos, contribuyera a la iniciativa con 20 voluntarios, tal y como explica Sarlin. También tendrían importancia las jerarquías sociales y las relaciones verticales, con algunos caciques locales ocupando un lugar central a la hora de incentivar los reclutamientos.²³ Al fin y al cabo, entre los *zuaves* encontramos individuos de todas las clases sociales, por mucho que los costes del viaje y el equipamiento sólo pudieran ser costeados por

del pueblo indonesio, algo que no respondía a cómo esos voluntarios percibían su labor allí. Esa disonancia en las formas de concebir la guerra coadyuvó en la comisión de atrocidades por parte de las fuerzas metropolitanas, muchas de las cuales, paradójicamente, habían combatido en la resistencia frente a la ocupación nazi. Véase ROMJUN, P. (2014), "Learning on 'the job': Dutch war volunteers entering the Indonesian war of independence, 1945-46", en LUTTIKHUIS, B. y MOSES, A.D. (eds.), *Colonial Counterinsurgency and Mass Violence. The Dutch Empire in Indonesia*. Londres, Routledge, pp. 91-110.

aquéllos que contaran con ciertos recursos económicos. Y es que, en un interesante ejercicio de autogestión y organización, algunas comunidades de fieles realizaron colectas para permitir que los varones de las clases populares pudieran expresar su fe tomando las armas en favor del Papa. En última instancia, se trataba de presentar aquella iniciativa como la comunión del pueblo en torno a la fe, al tiempo que el propio catolicismo aparecía como una salida frente al conflicto de clases. Sea como fuere, como ocurre en todos los fenómenos de voluntariado de guerra, un descenso sobre la realidad de los individuos que toman parte en ellos nos plantea un panorama mucho más complejo donde confluyen motivaciones de todo tipo y donde los incentivos de tipo social y económico no siempre estarían reñidos con los ideales.²⁴

Finalmente, existen indicios para pensar que las prácticas de dominio y explotación practicadas por las potencias europeas en sus posesiones ultramarinas condicionaron las propias políticas de reclutamiento en las guerras poscoloniales. Esto bien pudo tener que ver con el hecho de que ciertas élites locales fueron conniventes y participaron como correas de transmisión de las autoridades coloniales, integradas dentro del aparato administrativo y de gobierno como parte de una política imperialista basada en la lógica del *divide et impera*. Sin duda alguna, el desprecio por la vida y el uso de la marginación político-social de determinados grupos humanos o del conflicto interno como herramientas del poder, algo habitual en contextos coloniales, nos ayudan a explicar la desempatía y displicencia con que se implementaron ciertas políticas militares y formas de hacer la guerra en el marco poscolonial. Así se entiende que para muchos igbos fuera tan tenue

23 Algo similar se puede argumentar de la movilización voluntaria que se produjo en los primeros días tras el golpe del 17 de julio de 1936 que dio paso a la Guerra Civil Española, fundamentalmente en las provincias vascas y navarra donde las redes caciquiles y de patronazgo existentes en el mundo rural ejercieron de mecanismos de movilización y alistamiento en las filas sublevadas de muchos jóvenes de la zona. Véanse UGARTE TELLERÍA, Javier (1989), *La Nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid, Biblioteca Nueva; y RUIZ LLANO, Germán (2016), *Álava, una provincia en pie de guerra*. Bilbao, Ediciones Beta III Milenio.

24 Esta misma disonancia entre la imagen de los voluntarios, de cualquier conflicto, construida por el relato propagandístico y su realidad social, cultural e ideológica es una constante a lo largo de las guerras de la Humanidad. Un ejemplo para el caso de la Gran Guerra en WATSON, A. (2005), "«For Kaiser and Reich»: The Identity and Fate of the German Volunteers, 1914-1918". *War in History*, vol. 12:1, pp. 44-74.

la línea entre su experiencia como trabajadores forzosos en Bioko, como súbditos británicos primero y ciudadanos nigerianos después y, por último, como conscriptos en el ejército biafrano. En cualquier caso, ya hemos visto que la aplicación de métodos de reclutamiento arbitrarios y formas de encuadramiento inhumanas no dependen tanto de herencias del pasado como de la naturaleza del poder que los implementa o de las propias necesidades y urgencias militares de cada momento. Buena muestra de ello, ya lo hemos visto, es el caso de la monarquía hispánica en el siglo XVII, que guarda paralelismos interesantes con las políticas de conscripción seguidas por la República de Biafra en la Guerra Civil Nigeriana.

En este último caso, la contienda estuvo muy marcada por los problemas de las autoridades biafranas para financiarse y, por tanto, para hacer frente al ejército nigeriano con una fuerza militar de garantías. De hecho, la cuestión de la financiación se revela como central en todos los casos de estudio y resulta clave en el éxito o fracaso de las políticas de reclutamiento y encuadramiento, determinando también las formas de hacer la guerra. Es por eso que el estallido del conflicto no tardó en sumir todo el territorio bajo el control efectivo de la República de Biafra en un estado de excepción permanente que se extendería a lo largo de tres largos años. Esto implicaba que la conscripción o las exacciones destinadas al esfuerzo bélico no estuvieron sujetas en ningún momento a controles legales, por más que existiera legislación a tal efecto, ni tampoco a procesos de negociación entre el estado y las comunidades locales, algo que sí observamos en otros casos. La ausencia de cualquier tipo de racionalidad en la movilización de recursos y efectivos humanos acabó por dislocar y llevar al borde de la destrucción a unas comunidades locales ya de por sí muy castigadas por el conflicto a todos los niveles. Pero los terribles sufrimientos de la población civil no sólo tuvieron que ver con la incertidumbre y la arbitrariedad reinantes en el lado biafrano, donde un sinfín de agentes recaudadores y de reclutamiento pululaban sobre el terreno. A ello se unía también la utilización de la violación, el bombardeo contra población civil y las matanzas colectivas como armas de guerra por parte del ejército nigeriano, que además impuso un bloqueo sobre el territorio biafrano al perder éste su salida al mar. La consecuencia más visible de las políticas bélicas impulsadas por ambos bandos fueron las hambrunas y epidemias, que costaron la vida de hasta tres millones de civiles y que condenaron a centenares de miles a convertirse en refugiados, lejos de sus hogares. Por lo demás, no fueron mucho mejores las condiciones de vida experimentadas por los hombres encuadrados en el ejército biafrano, que en muchos casos eran individuos incapacitados para el servicio militar a causa de su edad y de problemas físicos o de salud mental. Por si esto fuera poco, la falta de medios impli-

caba muy a menudo que los combatientes marcharan al frente sin las más mínimas garantías para su supervivencia, al no disponer del equipo ni del armamento necesarios, por no hablar de la ausencia total de cualquier forma de adiestramiento. Tal era la situación que el servicio militar podía quedar reducido al cumplimiento de trabajos forzados relacionados con el esfuerzo de guerra.

EL SERVICIO MILITAR, LOS CÓDIGOS DE HONOR Y LAS CONCEPCIONES DE LA MASCULINIDAD A LO LARGO DEL TIEMPO

La principal conclusión que extraemos del trabajo colectivo representado en este dossier apunta a la necesidad de hacer un esfuerzo por trasladarnos a diferentes épocas y marcos de referencia, un ejercicio sano para cualquier estudioso de la guerra y en general para cualquier historiador. Un esfuerzo de este tipo nos permite observar hasta qué punto aquello que suponemos extraordinario para nuestro ámbito de estudio puede no serlo tanto, sino más bien responder a ciertas continuidades de la naturaleza humana y su forma de relacionarse con la comunidad y con lo que es ajeno a ésta.

Por ejemplo, no deja de ser revelador que en la relación del ser humano con la guerra siempre resulte tan compleja la idea del soldado a sueldo. Dadas las connotaciones negativas inherentes a dicho concepto, en todas las épocas y culturas donde los mercenarios han tenido una presencia importante se han empleado subterfugios y fórmulas para intentar conferir un halo de respetabilidad y legitimidad a aquellos que combatían a cambio de una remuneración. Tal es el caso de la Grecia clásica durante el siglo IV a. C., donde dicha forma de servicio militar se fundamentaría sobre las amistades aristocráticas ritualizadas, correa de transmisión del reclutamiento, y una idea de la libertad basada en la no dependencia y en la disposición de los medios para hacer la guerra.²⁵ Por tanto, más allá de las críticas, el vínculo del soldado a sueldo con su empleador se basaría en la existencia de determinados códigos de honor y fidelidad, los cuales

25 Una idea de la libertad muy similar tuvo un lugar clave entre los pueblos germánicos que invadieron el imperio romano, y se mantendría a través de la figura del *ius sequellae* o *Heerfolge* hasta la imposición del feudalismo y los vínculos basados en el vasallaje. Véase KEEGAN, J. (2014), *Historia de la guerra*. Madrid, Turner [1993], p. 316.

variarían de una cultura a otra y también con el paso del tiempo, quizás hasta la irrupción del capitalismo más salvaje donde es posible que ya no sean tan necesarios los vínculos ritualizados.²⁶

De hecho, aquí se pondría de manifiesto algo tan importante para el estudio de la guerra como los diferentes modelos de masculinidad. Y esto vale tanto para los griegos del siglo IV a. C. como para los alemanes reclutados por el ejército británico para su guerra contra las Trece Colonias, quienes se verían a sí mismos «como soldados honorables y profesionales en defensa de sus soberanos y del rey Jorge III».²⁷ De hecho, el vínculo entre las formas de masculinidad dominantes en cada momento y el servicio militar ha sido una constante a lo largo de la historia, convertido éste en la forma más extrema de valentía y actuando como un instrumento de jerarquización social. En este sentido, la valía del individuo sería determinada por su posición dentro del ejército y su importancia en el curso de los combates, lo cual iría en función de la clase social y, por tanto, de las posibilidades de acceso a las posiciones de mando o a las unidades de élite. No por nada son éstas las que hasta hace muy poco han tenido un mayor peso en las crónicas y los relatos hegemónicos de la guerra, que no dejan de ser una forma más de sancionar un orden social vigente. Esta situación no varió hasta la irrupción de las guerras totales y las sociedades de masas y de la información, que no obstante han seguido situando al soldado de a pie en una posición subsidiaria y subalterna. A nivel historiográfico esto ha sido contestado por unos estudios de la guerra que han desbordado por completo el exiguo y pobre marco de análisis ofrecido por la historia militar tradicional durante muchos años. Así pues, esperamos que este dossier pueda contribuir a seguir impulsando ese necesario cambio de paradigma en la comprensión del mundo militar y la historia de los conflictos.

26 Un caso de estudio interesante es el de la Legión Extranjera francesa, donde tienen gran importancia los códigos de honor, los ritos de paso, las ceremonias y la identidad corporativa dentro de cada unidad. Véase KOLLER, C. (2013), *Die Fremdenlegion. Kolonialismus, Söldnertum, Gewalt, 1831-1962*. Paderborn, Ferdinand Schöningh, pp. 79-115.

27 KREBS, "Desperate for Soldier", p. 26.